



JULIA
QUINN

*Primero llegó
el escándalo*



ROKESBY

*Un romántico y divertido viaje
al origen de los Bridgerton*

Ella tenía dos opciones...

Georgiana Bridgerton no está en contra de la idea del matrimonio. Simplemente pensaba que, cuando llegara el momento, podría decidir. Pero con su reputación pendiente de un hilo tras haber sido secuestrada, Georgie solo tiene dos opciones: quedarse soltera para siempre o casarse con el canalla que le ha arruinado la vida.

Pero entra en juego una tercera opción.

Nicholas Rokesby, cuarto hijo de un conde, está preparado para labrarse su propio camino. Vive en Edimburgo, donde está a punto de acabar sus estudios de medicina, y no tiene ni tiempo ni interés por encontrar esposa. Pero cuando descubre que Georgie Bridgerton, su vecina de toda la vida, se enfrenta a un futuro incierto, sabe lo que tiene que hacer.

Un matrimonio de conveniencia

Quizás no ha sido la proposición matrimonial más romántica del mundo, pero Nicholas nunca pensó que ella diría que no. Georgie no quiere que nadie se sacrifique por ella, y además, ellos dos nunca pensaron el uno en el otro como nada más que amigos de la infancia... ¿o sí? Pero mientras se embarcan en un cortejo poco convencional, descubren un nuevo giro de su lejana relación. Primero llegó el escándalo, luego el matrimonio, pero después... después llegó el amor.

Índice de contenido

Cubierta

Primero llegó el escándalo

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Epílogo

Sobre la autora

*Para Abi y su año de coraje, determinación y
resistencia.*

*Y también para Paul.
Es agradable tener un médico en la familia,
pero no tanto como tenerte simplemente a
ti.*

1

Kent, Inglaterra, 1791

Al menos no había muerto nadie.

Salvo eso, Nicholas Rokesby no tenía ni idea del motivo por el que lo habían mandado llamar a la casa familiar de Kent.

Si alguien hubiera muerto, pensó, su padre se lo habría dicho en el mensaje que le envió a Edimburgo. Lo mandó con un mensajero urgente, por lo que obviamente era un asunto de cierto apremio, pero si alguien hubiera muerto, lord Manston le habría escrito algo más que:

Por favor, vuelve a Crake House lo más rápido que puedas. Es indispensable que tu madre y yo hablemos contigo lo antes posible.

Siento mucho haber interrumpido tus estudios.

*Tu padre que te quiere,
Manston*

Nicholas contemplaba los conocidos bosques mientras realizaba la última parte del trayecto. Había viajado de Edimburgo a Londres en coche de postas, de Londres a Maidstone en diligencia y, en ese momento, hacía a caballo los últimos veinticinco kilómetros.

Por fin había dejado de llover, gracias a Dios, pero su caballo levantaba una enorme cantidad de barro, y entre las salpicaduras y el polen, tenía la sensación de que cuando por fin llegase a Crake House, parecería tener impétigo.

Crake House. Le quedaba poco más de un kilómetro para llegar.

Un baño caliente, comida caliente y después descubriría a qué se debían las prisas de su padre.

Ya podía ser algo serio. No la muerte, por supuesto, pero si al final resultaba que lo habían obligado a atravesar dos países solo porque uno de sus hermanos iba a recibir un premio otorgado por el rey, le arrancarían el brazo a alguien, ¡maldita sea!

Y sabía cómo hacerlo. Todos los estudiantes de Medicina debían observar cirugías cada vez que se les presentaba la oportunidad. No era su parte preferida del currículo; prefería los aspectos más cerebrales de la Medicina: evaluar los síntomas y resolver los variables rompecabezas que conducían a un diagnóstico. Pero en los tiempos que corrían era importante saber cómo amputar un miembro. A menudo era la única defensa del médico contra la infección. Lo que no podía curarse podía detenerse en seco.

Sin embargo, era mejor curar.

No, era mejor prevenir. Detener los problemas antes de que empezaran.

Cuando por fin apareció Crake House, suspiró para sus adentros. Tenía la sensación de que el problema que lo hubiera llevado a Kent en ese lluvioso día de primavera ya estaba bien avanzado.

Además, sus hermanos no recibían premios del rey. Los tres eran caballeros muy respetados, pero... en fin.

Hizo que el caballo fuera al trote cuando dobló el último recodo del camino. Los árboles desaparecieron de su visión periférica y, de repente, apareció la casa, majestuosa y sólida, con dos siglos y medio de antigüedad, eleván-

dose desde el suelo como una diosa de piedra caliza. Siempre se había asombrado de que un edificio tan grande y ornamental pudiera mantenerse tan escondido hasta estar tan cerca. Suponía que había algo poético en el hecho de que algo que siempre había formado parte de su vida siguiera sorprendiéndolo.

Los rosales de su madre estaban en plena floración, cuajados de flores rojas y rosas, tal como a todos les gustaba, y cuando se acercó, percibió su aroma en el húmedo aire, flotando suavemente sobre su ropa y bajo su nariz. Nunca le había gustado mucho el olor de las rosas, ya que prefería las flores menos delicadas, pero había ciertos momentos, como ese, en los que todo se unía: las rosas, la niebla, la humedad de la tierra...

Estaba en casa.

El hecho de no haber llegado de forma voluntaria, y de haberlo hecho un par de semanas antes de lo que pretendía, no pareció importar. Ese era su hogar y estaba en casa, lo tranquilizaba, aunque su cerebro seguía intranquilo, mientras se preguntaba qué desastre había ocurrido para que lo llamaran.

Debían de haber alertado a la servidumbre de su inminente llegada, porque un mozo de cuadra estaba esperando en la entrada para ocuparse de su montura y Wheelock abrió la puerta antes incluso de que él subiera los escalones de entrada.

—Señor Nicholas —lo saludó el mayordomo—, a su padre le gustaría verlo de inmediato.

Nicholas señaló su atuendo manchado de barro.

—Seguramente querrá que...

—Ha dicho «de inmediato», señor. —Wheelock hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza, pero bastó para señalar la parte trasera de la casa—. Está con su madre en el salón dorado y verde.

Nicholas se descubrió frunciendo el ceño por la confusión. Su familia no era tan formal como las demás, sobre

todo cuando estaban en el campo, pero un gabán salpicado de barro jamás era un atuendo aceptable en el salón preferido de su madre.

–Yo me lo llevo –dijo Wheelock, que estiró las manos para aceptar su gabán. Al hombre siempre se le había dado de maravilla leer el pensamiento.

Nicholas se miró las botas.

–Yo iría sin más –le aconsejó Wheelock.

¡Por Dios! Tal vez alguien había muerto.

–¿Sabes de qué se trata? –preguntó al tiempo que se daba media vuelta para que Wheelock pudiera quitarle el gabán de los hombros.

–No me corresponde a mí decirlo.

Nicholas miró hacia atrás por encima de su hombro.

–Así que lo sabes.

–Señor –protestó Wheelock, que parecía dolido.

–Tenía intención de venir dentro de unas tres semanas.

Wheelock evitó su mirada mientras exageraba sus intentos por quitarle el barro al gabán.

–Creo que se requiere bastante prisa.

Nicholas se frotó un ojo. ¡Por Dios! Estaba cansado.

–¿Te gusta ser misterioso?

–No especialmente.

Lo cual era una mentira cochina. A Wheelock le encantaban esos eufemismos tan especiales que solo usaban los mayordomos cuyo puesto estaba más que asegurado. Pero Nicholas captó que Wheelock no encontraba esa conversación particularmente agradable.

–Lo siento –se disculpó–. Está mal por mi parte ponerte en esta situación. No hace falta que me anuncies. Me iré en busca de mis padres con las botas manchadas de barro.

–En el salón dorado y verde –le recordó Wheelock.

–Por supuesto –murmuró Nicholas. Como si se le hubiera olvidado.

La puerta del salón dorado y verde se encontraba en el otro extremo del vestíbulo, y Nicholas había recorrido la distancia en tantas ocasiones que sabía perfectamente que sus padres lo habían oído entrar en la casa. El suelo era de mármol, y siempre estaba pulido a la perfección. Si uno iba en calcetines, se deslizaba por él como si llevara patines, pero si se llevaban zapatos, los pasos se oían como si fueran los instrumentos de percusión de una orquesta.

Sin embargo, cuando llegó a la puerta abierta y se asomó al interior, sus padres no lo miraban. Su padre estaba junto a la ventana, contemplando el verde prado, y su madre estaba acurrucada en su lugar favorito del sofá verde menta.

Siempre había dicho que el lado izquierdo era más cómodo que el derecho. Sus cinco hijos habían puesto a prueba esa hipótesis, desplazándose de un lado a otro, y ninguno había conseguido llegar a la misma conclusión que ella. Para ser justos, nadie había llegado a ninguna conclusión verificable. Mary había declarado que ambos lados eran igual de cómodos; Edward señaló que la única manera de estar cómodo era poner los pies en alto, lo que generalmente no estaba permitido, y Andrew saltó de un lado a otro tantas veces que acabó rompiendo la costura de uno de los cojines. George afirmó que todo aquello era ridículo, pero no antes de hacer una rápida prueba, y en cuanto a él...

Solo tenía cinco años cuando se hizo aquel experimento familiar. Pero se sentó en todos los sitios antes de levantarse de nuevo y declarar: «Bueno, no podemos decir que esté equivocada».

Y, al final, había acabado comprendiendo que esa misma frase podía aplicarse a gran parte de la vida.

Demostrar que algo no era correcto no significaba que lo opuesto lo fuera.

Y si el lado izquierdo del sofá hacía feliz a su madre, ¿quién era él para decir lo contrario?

Titubeó un momento en la puerta, esperando a que alguno de sus padres se diera cuenta de su presencia. No lo hicieron, así que entró y se detuvo en el borde de la alfombra. Ya había dejado un rastro de barro en el pasillo.

Carraspeó y por fin lo miraron.

Su madre fue la primera en hablar.

—Nicholas —dijo, estirando el brazo en su dirección—, ¡gracias a Dios que estás aquí!

Nicholas miró con recelo a sus padres.

—¿Ha pasado algo?

Era una pregunta de lo más ridícula. Por supuesto que había pasado algo. Pero nadie vestía de luto, así que...

—Siéntate —dijo su padre, señalando el sofá.

Nicholas tomó asiento junto a su madre y le cogió una mano entre las suyas. Parecía lo correcto. Sin embargo, ella lo sorprendió apartándola y poniéndose en pie.

—Os dejaré a solas para que habléis —anunció al tiempo que le ponía una mano en el hombro para indicarle que no tenía que levantarse—. Será más fácil si yo no estoy.

¿Qué demonios estaba pasando? ¿Debían solucionar un problema y su madre, en vez de hacerse cargo, se hacía a un lado de forma voluntaria?

Aquello no era normal.

—Gracias por venir tan rápido —murmuró ella, inclinándose para besarlo en la mejilla—. No tengo palabras para decirte lo que me alegro. —Volvió a mirar a su marido—. Estaré escribiendo cartas si me necesitas para...

Parecía no saber qué decir. Nicholas nunca la había visto tan descompuesta.

—Por si me necesitas —se corrigió su madre.

Nicholas la observó en silencio, y seguramente con la boca abierta por la sorpresa, hasta que cerró la puerta al salir. En ese momento se volvió hacia su padre.

—¿Qué está pasando?

Su padre suspiró, y hubo un largo y cargado silencio antes de que contestara:

–Ha habido un percance.

Su padre siempre había sido un maestro a la hora de usar eufemismos.

–Deberías beber algo.

–¡Señor! –Nicholas no quería beber nada, lo que quería era una explicación. Pero como era su padre, aceptó el vaso.

–Se trata de Georgiana.

–¿Bridgerton? –preguntó con incredulidad, como si hubiera otra Georgiana a la que su padre pudiera referirse.

Lord Manston asintió con un gesto adusto de la cabeza.

–Veo que no te has enterado.

–He estado en Edimburgo –le recordó.

Su padre bebió un sorbo de su brandi. Un sorbo más grande de lo que era normal a esa hora de la mañana. O a cualquier hora del día, en realidad.

–Bueno, menos mal.

–Señor, con todo el respeto, le pediría que fuera al grano.

–Ha habido un percance.

–Sigue yéndose por las ramas –murmuró Nicholas.

En caso de que su padre lo oyera y, para ser sinceros, Nicholas así lo pensó, no reaccionó. En cambio, carraspeó y dijo:

–La secuestraron.

–¿Qué? –Nicholas se puso en pie de un salto y el vaso de brandi se le escurrió de entre los dedos y cayó a la carísima alfombra que tenía bajo los pies—. ¿Y por qué no se le ha ocurrido empezar la conversación con eso? ¡Por Dios! ¿Alguien ha...?

–Cálmate –lo interrumpió su padre con brusquedad—. Ya está en casa. Está a salvo.

—¿La han...?

—No la violaron.

Nicholas sintió que algo desconocido le corría por las venas. Alivio, supuso, pero acompañado de algo más. Algo amargo y ácido.

Había conocido a mujeres a las que habían obligado a mantener relaciones sexuales en contra de su voluntad. Eso les dejaba secuelas. A sus cuerpos, algo que le resultaba comprensible, pero también a sus almas, algo que no acababa de entender.

Sin embargo, ese sentimiento que lo había embargado... era más punzante que el alivio. Tenía dientes, y lo acompañaba una rabia palpitante.

Georgiana Bridgerton era como una hermana para él. Bueno, no como una hermana. No exactamente. Pero Edmund, el hermano de Georgiana, sí que era como un hermano para él, al que se sentía más unido que con sus propios hermanos, para ser sincero.

Los Manston pensaban que ya no tendrían más hijos cuando de repente llegó Nicholas. Se llevaba ocho años con el hermano que tenía justo por encima, así que cuando tuvo edad de hacer algo más que moverse con pañales, todos los demás estaban en el internado.

Salvo Edmund Bridgerton, que siempre estuvo cerca, a unos cuantos kilómetros, en Aubrey Hall. Tenían casi la misma edad, habían nacido con solo dos meses de diferencia.

Siempre habían sido inseparables.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó a su padre.

—Un dichoso cazafortunas que fue tras ella —masculló su padre—. El hijo de Nithercott.

—¿Freddie Oakes? —preguntó Nicholas, que se sorprendió bastante. Habían ido juntos al colegio. Al menos durante unos años, porque Freddie no lo acabó. Era popular, simpático y estupendo jugando al críquet, pero resultó que mucho peor que suspender los exámenes era copiar

durante los mismos, de manera que lo expulsaron de Eton a los dieciséis años.

–Así es –murmuró lord Manston–. Lo conoces.

–No mucho. Nunca fuimos amigos.

–¿Ah, no?

–Y tampoco fuimos enemigos –aclaró Nicholas–. Todo el mundo se llevaba bien con Freddie Oakes.

Lord Manston lo miró con gesto penetrante.

–¿Vas a defenderlo?

–No –se apresuró a negar Nicholas; aunque sin estar al tanto de los hechos, no sabía qué había pasado realmente. Claro que era difícil imaginarse un escenario del que Georgiana fuera culpable–. Solo digo que siempre ha sido muy popular. No era cruel, pero nadie quería llevarle la contraria.

–Así que era un matón.

–No. –Nicholas se frotó los ojos. ¡Maldita sea! Estaba cansado. Y era casi imposible explicar las complejidades de la jerarquía social del internado a alguien que no había estado allí–. Es que... No sé. Como ya le he dicho, no fuimos realmente amigos. Era... superficial, supongo.

Su padre le dirigió una mirada curiosa.

–O tal vez no lo era. Sinceramente, no podría decirlo. Nunca hablé con él de otra cosa que no fuera lo que había para desayunar o quién se iba a casa para las vacaciones de mitad de curso. –Nicholas guardó silencio un momento mientras recordaba aquella época en el internado–. Jugaba mucho al críquet.

–Tú también jugabas al críquet.

–Pero no muy bien.

El hecho de que su padre no se apresurara a corregirlo fue una señal de su angustia. En la mente del conde de Manston, sus cuatro hijos habían sido hechos a su imagen y semejanza: espléndidos atletas que dominaban todos los deportes que se practicaban en Eton College.

Solo se equivocaba en un veinticinco por ciento.

No se trataba de que él fuese un atleta incompetente. Al contrario, era un esgrimista bastante bueno, y tenía mejor puntería que cualquiera de sus hermanos con el rifle o el arco. Pero si lo ponían en un campo con una pelota, de cualquier tipo, y con más gente, no tenía remedio. Saber dónde estaba uno en mitad de una multitud requería de cierta habilidad. O tal vez fuera algo instintivo. En cualquier caso, él carecía de eso. El críquet y los demás juegos de pelota de equipo que se jugaban en Eton...

Se le daban fatal. Sus peores recuerdos de aquella época eran todos del campo de juego. La sensación de que lo miraban y de que lo encontraban inferior... Lo único peor era esperar mientras se formaban los equipos. Los chicos no tardaban mucho en descubrir quién era capaz de hacer un buen lanzamiento, ya fuera con el pie o con la mano.

Y quién no.

Supuso que lo mismo ocurría en el ámbito académico. Solo necesitó unos cuantos meses en Eton para que todo el mundo supiera quién sacaba las mejores notas en ciencias. Hasta Freddie Oakes le pidió ayuda de vez en cuando.

Nicholas se arrodilló para recuperar el vaso de cristal que se le había caído. Lo miró durante unos segundos, tratando de decidir si el momento requería tener la cabeza despejada o abotargada por el alcohol.

Probablemente algo intermedio.

Miró a su padre.

—Quizá sea mejor que me cuente lo que ha pasado —dijo al tiempo que cruzaba la habitación para rellenar el vaso. Ya decidiría después si se lo bebía o no.

—Muy bien. —Su padre soltó su propio vaso dando un fuerte golpe—. No sé bien cuándo se conocieron, pero Oakes dejó bien claras sus intenciones. La estaba cortejando. Tu madre parecía pensar que era probable que le propusiera matrimonio.